

El botin cogido por los aliados fué abundante y rico. Invadiéndolo todo y conociendo las costumbres de los mejicanos, puede asegurarse que ellos se apoderaron de casi todas las alhajas y preciosas joyas que en Méjico quedaron pertenecientes al tesoro de Moctezuma.

Los sitiados quedaron tristes y abatidos con el funesto golpe recibido aquel día. No había uno solo que no contase entre los cadáveres que tapizaban la tierra y sobrenadaban en el lago, algún ser querido de su corazón.

No les quedaba á los sitiados mas que un reducido espacio de lo que formaba la parte de Tlatelolco. Ese corto espacio, en que se hallaban aglomerados y oprimidos, era el que hoy se encuentra entre el convento del Carmen y Santa Ana.

La noche tendió sus negras sombras, aumentando el aspecto de aquel cuadro aterrador en que los vivos velaban sobre los muertos, esperando acompañarles muy en breve.

Ni una fogata, ni una luz se descubria en el estrecho recinto en que estaban apiñados los sufridos mejicanos. Un silencio sepulcral reinaba en aquel vasto cementerio, en que la muerte había asentado sus reales. Riqueza, tranquilidad, familia, amigos, todo había perecido para los heróicos defensores de la capital azteca: hasta la esperanza había muerto para ellos. Solamente una cosa querida vivía, que conservaba todos sus encantos, que nunca llegarían á perder: el amor á la patria. Entonces debieron

tos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos volvimos á nuestros reales.»—Tercera carta de Cortés.

comprender, sin duda, todo lo que debieron sufrir los pueblos á quienes habían privado la libertad al engrandecerse ellos con sus conquistas. Siendo conquistadores, habían incendiado las ciudades de los que luchaban por su independencia, destinando al sacrificio á millares de individuos que lucharon por conservar su independencia. Ahora veían reducidos á cenizas y escombros sus palacios, pasados á cuchillo á sus amigos, á sus deudos, á sus hijos, á sus mujeres, por los mismos pueblos á quienes habían oprimido en su sed de engrandecimiento. ¡Terribles cambios de la fortuna, que hoy da agravios á los que ayer favoreció con dichas y felicidades!

Las horas de la noche iban pasando lentamente para los mejicanos, que anhelaban que terminase de una vez la triste situación á que se veían reducidos. No tenían esperanza, y por lo mismo deseaban la muerte; pero la muerte honrosa; la muerte del valiente que perece en el combate defendiendo la libertad y la patria.

Los centinelas aztecas, pisando sobre la alfombra de cadáveres y apoyándose sobre el arco, permanecían quietos detrás de las trincheras y en las azoteas de los edificios avanzados, fija la vista en las calles por donde podía presentarse el enemigo.

El cielo estaba oscuro y cargado de negros nubarrones. Los escuadrones aztecas, fatigados del combate y sin haber tomado mas alimento que algunos granos de maíz, que únicamente para los soldados había, dormían entre las víctimas hechas por la guerra, el hambre y la peste, despertándose á cada instante el ¡ay! desgarrador de los heridos, el lamento del moribundo, y el triste

quejido de la madre y del niño que espiraban de miseria y de necesidad.

El mismo emperador Guatemotzin, no teniendo ya edificio donde habitar, pues todos se hallaban apretados de muertos y de heridos, se trasladó con su familia y los principales del reino á una canoa, donde apenas tenían espacio para moverse (1).

Aspecto diametralmente opuesto presentaba el campamento de los sitiadores. En él todo era esperanza y vida. Los escuadrones aliados entonaban himnos de triunfo, y cantaban la próxima devastacion de la capital de sus dominadores.

Al brillar la luz del siguiente dia, el general español reunió sus tropas para dar el ataque definitivo á la parte insignificante que de Tlatelolco les quedaba á los mejicanos. Desde el dia anterior, pocas horas despues del triunfo alcanzado, habia ordenado á Pedro de Alvarado que se situase en la plaza del mercado, y no emprendiese ataque ninguno hasta que él llegase. Gonzalo de Sandoval debia, con todos los bergantines, entrar á una especie de puerto á donde llegaban, en tiempo de paz, las canoas mercantes que iban al mercado de Tlatelolco, y en donde en aquel instante se encontraban las piraguas con que contaba Guatemotzin. La señal para emprender simultáneamente el ataque, era un tiro de arcabuz. Hernan Cortés encargó

(1) «Y ya tenían tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales, que no sabian qué hacer de sí.»—Tercera carta de Cortés.

á los capitanes que tratasen de obligar á los sitiados á arrojar al agua, hácia el sitio por donde debia presentarse la escuadrilla de Sandoval, encargando que procurasen apoderarse del monarca azteca, respetando su real persona, pues su captura bastaria á que sus vasallos entregasen la ciudad (1). Anhelando que se economizase, cuanto fuese posible, el derramamiento de sangre de los sitiados, recomendó al mismo tiempo que no se matase ni hiriese á ningun mejicano, excepto en defensa propia, procurando, aun en este caso extremo, de hacerles el menos daño posible (2).

Era el 13 de Agosto de 1521, dia de San Hipólito, memorable en los fastos de la conquista de Méjico. El caudillo español, montando á caballo y poniéndose al frente de sus tropas, se dirigió, de su campamento de Xoloc, á la plaza de Tlatelolco, cruzando por las solitarias calles, cuyos arruinados edificios orillaban el camino de su marcha. Al llegar á corta distancia de la línea que defendian los sitiados, Hernan Cortés quiso recurrir aun á los medios de conciliacion, y subió á una azotea para hablar desde ella á los jefes aztecas que mandaban la línea. El caudillo español, al dirigir la vista por el estrecho circuito que ocupaban los sitiados, se conmovió profundamente con el triste espectáculo que se describió á

(1) «Y aviseles mucho que mirasen mucho por Guautimucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en aquel punto cesaria la guerra.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra; é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

sus ojos. Los desgraciados habitantes de la ciudad, que habian sobrevivido á la peste, al hambre y á la guerra, estaban unos sobre los muertos, otros metidos en el agua, por faltarles terreno donde pisar; nadando los que sabian; ahogándose los que ignoraban, como se habian ahogado multitud de niños y de mujeres, cuyos cadáveres flotaban sobre las ondas del lago en que se hallaban encerradas las canoas (1). Llenas éstas de gente y de guerreros, no podian recibir á los desgraciados que se acercaban pidiendo que les salvaran, pues el peso de cualquiera que recibiesen, las hubiera hundido sin remedio. Era una situacion espantosa, «cuyos horrores», dice el general español, «no puede concebir el pensamiento humano» (2).

Profundamente emocionado Hernan Cortés con las desgarradoras escenas que presenciaba, solicitó tener una entrevista con los jefes que defendian la línea sitiada. Pronto se presentaron en la trinchera, dispuestos á escuchar lo que se deseaba decirles. Eran todos conocidos de Cortés, á quienes trató cuando fué recibido por Moctezuma. El general castellano les dijo «que ignoraba la causa que existia para que Guatemotzin se negase á escucharle, cuando con una entrevista con él, se le podian haber evitado á la ciudad los males que habia sufrido; que siendo inútil ya toda resistencia, tratasen de inclinar

(1) «Y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar como lo podian sufrir.»—Tercera carta de Cortés.

el ánimo de su señor á tener inmediatamente una conferencia, para que así no fuesen causa de que todos pereciesen.»

Dos de los nobles aztecas se encargaron de persuadir al monarca, y partieron inmediatamente á verle. Pocos momentos despues volvieron á la presencia de Cortés, acompañando al *cihuacoatl*, que era el supremo magistrado de la corte. El caudillo español le recibió con marcadas demostraciones de respeto y de cordialidad. El noble azteca, tratando de manifestar un ánimo superior á las calamidades que sufrían, dijo á Cortés con tranquilo continente: «Mi rey y señor Guatemotzin, está resuelto á morir antes que á tener una entrevista con vos. Esta es su resolucion irrevocable; ahora», añadió con heroica resignacion, «obrad como os parezca» (1). El jefe castellano, viendo que ante la heroica determinacion del valiente monarca mejicano, no quedaba otro medio de terminar la guerra, que apelando á las armas, le contestó: «Id, pues, á vuestro campamento, y preparad vuestro ánimo y el de vuestros compatriotas á la muerte, porque dentro de un momento daré el ataque donde todos perecereis».

Durante estas conferencias, en que transcurrieron cinco horas, millares de mujeres, de niños y de ancianos, aprovechando la suspension de hostilidades, se apresuraban á salir del estrecho circuito en que se hallaban, y se dirigian hácia el campo de los sitiadores, antes

(1) «Me dijo que en ninguna manera el señor venia ante mí y que antes querria por allá morir, y que á él pesaba mucho desto; que hiciese yo lo que quisiese.»—Tercera carta de Cortés.

de que empezase el combate. Cada desgraciado queria ser el primero en ponerse en salvo, y corrian á competencia para sustraerse al extremo peligro que les amenazaba. Extenuados por el hambre y sin fuerzas para resistir la mas leve fatiga, muchos quedaban ahogados en los fosos que trataban de pasar á nado. Hernan Cortés mandó á los aliados que no hiciesen daño á ninguno de los que salian; pero temiendo que no obsequiasen su deseo, colocó varios españoles en diversos puntos ocupados por los indios auxiliares, para que así no cometiesen actos de inhumanidad. Mucho se alcanzó con esa providencia de Cortés; pero á pesar de sus órdenes y de sus medidas en favor de los desventurados que salian, perecieron á manos de los sanguinarios escuadrones aliados, mas de quince mil, entre hombres, niños y mujeres (1). Ni un solo soldado azteca abandonó, en medio de aquel gentío, la ciudad. Los que habian empuñado las armas en defensa de la patria, habian tomado su resolucion de luchar hasta vencer ó morir, y ocupaban las trincheras y las azoteas esperando el asalto.

Hernan Cortés retardaba el ataque con objeto de ver si Guatemotzin, viendo segura la ruina de los sitiados, se

(1) «Y no hacian sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hácia nosotros. Y por darse prisa á salir, unos á otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos... Y como la gente de la ciudad se salía á nosotros, yo habia proveido que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen á aquellos tristes que salian, que eran sin cuento. Y tambien dije á todos los capitanes nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar á los que salian; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel dia no mataran y sacrificaran mas de quince mil ánimas.»—Tercera carta de Cortés.

determinaba á un arreglo. Buscando los medios de obligarle á pedir la paz, mandó hacer algunos disparos de cañon sobre los puntos que ocupaban. Se resistia á dar la señal de ataque, porque temia que los aliados repitiesen las sangrientas escenas del dia anterior, no dando cuartel á ninguno de los que cayesen en sus manos (1).

Viendo el caudillo español que era tarde y que los contrarios se mantenian en actitud hostil, mandó disparar un arcabuz, que era la señal convenida para el ataque. Las tropas españolas se arrojaron con ímpetu sobre los parapetos, pasando á nado los fosos, recibiendo una tempestad de armas arrojadas que lanzaban sobre ellos de las azoteas y de las trincheras. Los ciento cincuenta mil aliados, derramándose como un torrente por las calles, dieron principio á una espantosa carnicería, matando sin distincion á inermes y á soldados, á niños y á mujeres, á guerreros y á sacerdotes, á heridos y á enfermos sin distincion. Estrechados los mejicanos por todas partes, unos se arrojaban al agua, otros se tiraban de las azoteas para salvarse de los que á ellas subian, cayendo sobre los muertos que cubrian las calles. Los bergantines, entrando por el lago al puerto en que se hallaban las canoas mejicanas, rompieron por en medio de ellas, volcando unas, echando á pique otras, y capturando gran número de ellas. El agua se cubrió de cadáveres de los guerreros pertenecientes á la escuadra. Sin embargo, algunas piraguas lo-

(1) «Fice asentar los dos tiros gruesos hácia ellos para ver si se darian, porque mas daño recibieran en dar licencia á nuestros amigos que les entraran, que no los tiros.»—Tercera carta de Cortés.

graron escapar del puerto y cruzaban la laguna tratando de llegar á tierra. Entre las que habian conseguido salir del cerco, se encontraba la que conducia al emperador Guatemotzin. Gonzalo de Sandoval advirtió bien pronto que entre las piraguas que habian escapado, se hallaba la del emperador. Inmediatamente ordenó al capitán García de Holguin, que mandaba el bergantin mas velero de la escuadra, que diese caza á la canoa en que iba Guatemotzin; recomendándole que le tratase con la mas alta deferencia, sin ofenderle ni causarle el mas leve daño. Pronto descubrió Holguin, entre las canoas que huian procurando ganar la orilla del lago, una que, por su capacidad, por los numerosos y excelentes remeros que llevaba y por la gente principal que en ella iba, se imaginó que era la que conducia al monarca azteca. El viento, aunque poco, era bonancible, y el bergantin, ayudado de los remos, pronto llegó al costado de la embarcacion india. Entonces mandó que los arcabuceros dirigiesen la puntería de sus armas sobre los que en ella iban, no con el objeto de hacer fuego, sino de obligarles á detenerse. «No tireis», gritaron algunos nobles, haciendo que la canoa se detuviera, «que aquí va la persona del emperador.» Entonces los arcabuceros bajaron las armas, y García de Holguin entró en la piragua con algunos soldados. Guatemotzin se puso en pié, y dirigiéndose al capitán español, le dijo con noble entereza: «Yo soy Guatemotzin, rey de Mejico, y soy vuestro prisionero: llevadme ante Malinche: solo os pido que nadie ofenda á la reina mi esposa, ni á ninguna de las personas que me acompañan» (1).

(1) «Yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me

El capitán español le prometió que sus deseos serian obsequiados cumplidamente, y con el mayor respeto y acato, le ayudó á trasbordarse, con su esposa y su comitiva, al bergantin. Veinte eran las personas que acompañaban á Guatemotzin, todas ellas de la mas distinguida nobleza azteca. Entre los notables personajes que le acompañaban, se encontraban el destituido rey de Texcoco, llamado Coanaco, el de Tlacopan y otros caciques de importancia (1).

El atento capitán García de Holguin mandó á la tripulacion que pusiesen algunos petates y mantas en la popa del bergantin para que se sentasen los distinguidos prisioneros (2). Todos los objetos que llevaban en la canoa les fueron entregados religiosamente, sin examinarlos siquiera.

Guatemotzin fué hecho prisionero en el sitio llamado hoy «Puente del Clérigo», que entonces era lago.

El combate, entre tanto, continuaba en la ciudad, sufriendo los sitiados pérdidas considerables. Pronto corrió la noticia de la prision de Guatemotzin, y al escucharla los valientes aztecas, dejaron de luchar, quedando prisioneros. El combate lo sostuvieron sin duda los sitiados para dar lugar á que su monarca se pusiera en salvo. Se habian propuesto sacrificar su vida por la del soberano. Los guerreros que cruzaban la laguna con algunas ca-

lleguen á mi mujer, ni á ninguna mujer, ni á ninguna cosa de la que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(1) El rey de Tlacopan se llamaba Tettlepanquetzaltzin.

(2) «Y les hizo sentar en la popa en unos petates y mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.